
GARCÍA-BARÓ, MIGUEL

Sentir y pensar la vida. Ensayos de fenomenología y filosofía española, Trotta, Madrid, 2012, 221 pp.

La Filosofía española está de enhorabuena. Los lectores encontrarán en este trabajo una serie de ensayos dedicados a pensar sobre la vida con Ortega y Unamuno, los dos pensadores españoles más grandes del siglo XX. Miguel García-Baró inicia su ensayo con una dedicatoria a la memoria de su padre, recordando una anécdota capital, que curiosamente se ha repetido también en otras personas de su generación: el nacimiento de su vocación o *amor intelectual* tras el descubrimiento de la obra orteguiana entre los viejos libros hallados en la biblioteca paterna, y entre ellos, especialmente, los tomos de *El Espectador*. Merece la pena por tanto que destaquemos cómo la seducción y el influjo de la filosofía de Ortega llega hasta nuestros días con obras como esta que hoy celebramos del profesor García-Baró.

Pero *Sentir y pensar la vida* no es un trabajo filológico, ni siquiera se trata de dar a conocer la obra orteguiana, tampoco la unamuniana. La intención de su autor es que el lector piense. Kant decía que la filosofía no se aprende, sino más bien lo que se aprende es a filosofar. Por eso el esfuerzo de este filósofo es doble. Filosofar y hacer que los lectores puedan también hacerlo. Que sean ellos y no aquellos viejos filósofos los que lleguen a sentir y a poder pensar sobre su propia vida.

El libro está dividido en tres secciones. En la primera de ellas el autor dedica dos ensayos a reflexionar sobre los primeros años de filosofía de Ortega y Unamuno antes de ser ellos mismos, es decir, anteriores a la madurez de sus pensamientos y de la Gran Guerra. *Personas, obras, cosas* se presentaba hasta la fecha como el volumen que recogía los primeros artículos por él mismo seleccionados entre 1902 y 1912. Pero actualmente, al disponer de la nueva edición de las obras completas de Ortega, el investigador tiene la posibilidad de estudiar todo el material escrito por el filósofo, tanto el que publicó como el que no quiso rescatar de las hemerotecas. Esta nueva perspectiva nos ofrece a un joven Ortega que evolucionó desde planteamientos nietzscheanos y con una firme vocación política y pedagógica, a un mayor

posicionamiento filosófico. La primera estancia en Alemania en 1905 marcará el viraje decisivo.

La influencia de la Escuela de Marburgo, en concreto, la del autor de *La Religión de la razón desde las fuentes del judaísmo*, Hermann Cohen, así como la del filósofo y pedagogo social Paul Natorp, darán paso más adelante a Husserl y algo más tarde a Dilthey. Miguel García-Baró explora y rastrea estos caminos y, entre medias, vislumbra el acierto del joven filósofo en muchos textos excepcionales; muestra su perplejidad ante algunos textos sonrojantes, como aquellos que muestran *connotaciones raciales* y que suelen ser olvidados por los especialistas; y, en general, critica en muchos otros la insuficiencia de sus desarrollos tanto políticos, como, por ejemplo, aquellos otros en los que Ortega declara que resulta “*más fecundo mejorar la ciudad que al individuo*”; también los religiosos en los que García-Baró se lamenta de cómo el filósofo abandonó el poco sentir religioso que había experimentado con la lectura de los *modernistas* católicos.

El lector encontrará en el segundo ensayo dedicado a Miguel de Unamuno un tono muy distinto al que su autor ha utilizado con Ortega. Se advierte desde el primer momento que Unamuno es apreciado por el filósofo: “El autor del *Sentimiento trágico de la vida* llegó a la terrible experiencia de éste desde la suave pero ilusoria de un anchísimo, oceánico, sentimiento de plenitud de la vida. En medio de estas dos irregulares fases de su existencia, Unamuno aprendió, también terriblemente, como de veras aprendemos los hombres las cosas nucleares: en acontecimientos desbordantes, desestabilizadores, inasimilables, que empiezan por enseñarnos la fragilidad de nuestra libertad, de nuestra razón, o sea, de los factores con los que conducimos, cuando de algún modo la conducimos, nuestra vida a través del mundo y de la historia” (p. 59). Sentir la vida en toda su grandeza como “proceso que saca de sí, como contenido en el secreto de sus virtualidades, el conocimiento y con él se enriquece a medida que se sintetizan y confunden ser y conocimiento” (p. 63), es decir, Vida como el desarrollo más auténtico y originario para conocer la Verdad distinta a la Conciencia y a la Auto-revelación.

En la segunda sección Miguel García-Baró examina los desarrollos fenomenológicos en nuestros dos pensadores. Ortega ad-

quirió la responsabilidad de elevar nuestro nivel filosófico y ponerlo a la altura de la filosofía alemana. De ahí que la fenomenología se dejó entrever en las páginas de su primer libro *Meditaciones del Quijote*. Pero el autor de *Sentir y pensar la vida* corrige técnicamente al filósofo que creyó erróneamente que las *Investigaciones* y las *Ideas* de Husserl coincidían sustancialmente con su pensamiento y, por otro lado, defiende que la meditación en La Herrería se encontraba ya sugerida previamente en *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. El segundo trabajo dedicado al filósofo madrileño lleva por título: “*La superación del cristianismo*” y es aquí donde Miguel García-Baró resulta ser más crítico. El Ortega de *Entorno a Galileo* se mueve de la fenomenología a la hermenéutica sin solución de continuidad y muy próximo a Heidegger. Allí la Vida pasa a ser interpretada desde un punto de vista pragmático e identificada con la condición fáctica de la finitud de la vida histórica y circunstancial.

En el ensayo central del libro, titulado “*La congoja y la dicha*”, nos encontramos con un exquisito trabajo de filosofía unamuniana en donde se nos muestra cómo la finitud va siempre pareja de un “anhelo integral”, con un deseo de trascendencia o, dicho de otro modo, con “no resignarse a morir del todo”, de ahí la “lucha trágica” que Unamuno libra a lo largo de toda su vida. El lector encontrará en este capítulo las páginas más bellas y fecundas del libro. “Solo apurando las *beces del dolor* espiritual —afirma Unamuno— puede llegar a gustar la miel del poso de la copa de la vida. La congoja nos lleva al consuelo”. Muy interesante es la visión que nos ofrece García-Baró sobre el purgatorio: “los trabajos de amor que no se pueden dejar infructuosos ni perdidos. La felicidad absoluta sólo puede venir después; pero primero he de ser todo para todos los que me reclamaron en vano y con justicia que lo fuera” (p. 111).

La última parte del libro dedicada a la recepción fenomenológica por parte de Zubiri, considerado como el mejor conocedor de la obra husserliana dentro del círculo de Ortega, marca un contraste con los trabajos anteriores de *Sentir y pensar la vida*. Dos breves ensayos en los que el autor repasa críticamente la versión zubiriana de la fenomenología, así como su primer ensayo de noología. La desgracia de Zubiri, según García-Baró, consiste principalmente en

no haber entendido con suficiente claridad la reducción fenomenológica. En el último de los ensayos el lector encontrará hasta qué punto Zubiri fue un fidelísimo discípulo del Ortega fenomenólogo y cómo el programa trazado por las magistrales lecciones del curso *Sistema de Psicología* de 1915/16, orientaron decisivamente a aquellos alumnos que trataron de adentrarse en la filosofía primera.

Pedro José Grande Sánchez.
 Universidad Internacional de La Rioja
 Pedro.grande@unir.net

LOWE, E. JONATHAN

Personal Agency. The Metaphysics of Mind and Action, Oxford University Press, Oxford, 2010, 222 pp.

E. J. Lowe pretende mediar en *Actuación personal* entre dos tradiciones muy distintas: por un lado, el determinismo dualista cartesiano y, por otro, el liberalismo reduccionista lockiano, postulando a su vez una tercera posibilidad, a saber: la posible existencia de una dualidad de principios metafísicos opuestos, que estarían sobreentendidos en toda relación personal entre el hombre y su mundo. Por un lado, los eventos corporales, no intencionales y deterministas; y, por otro lado, las acciones libres, intencionales y voluntarias. Ambos tipos de procesos adolecerían de un común poder de actuación de carácter casual respecto del ámbito fenoménico, de modo que se podrían contrastar empíricamente, ya sea de un modo objetivo o simplemente personal o subjetivo. Además, no sería necesario recurrir a una noción aristotélica de substancia, ni haría falta establecer una relación de dependencia recíproca de tipo ontológico entre ambos tipos de principios, sino que bastaría con justificar separadamente su posterior comprobación de tipo empírico. Sólo así sería posible hacer compatible, por un lado, el principio liberal de existencia de multiplicidad de posibilidades alternativas (con el consiguiente poder efectivo de libre elección entre ellas y la subsiguiente libertad de actuación existente en el mundo social y humano, al modo propuesto